

# UNA CASA DE FUEGO

*Escrito por Ícaro*

Este hogar, este fuego es, según la milenaria experiencia, la sede de lo hogareño... Y lo que allí se enciende es la vida misma.<sup>1</sup>

Estoy por finalizar mis estudios en la escuela de arquitectura del ITESO, y al mismo tiempo, finaliza un periodo de mi vida mucho más largo, haber sido formado dentro de instituciones de La Compañía de Jesús. Entré al Instituto de Ciencias cuando tenía 3 años, en 1998; ahora -veintiún años después- estoy por egresar de la universidad. Como conclusión para estas etapas de estudio me he propuesto hacer el esfuerzo por integrar las dos grandes dimensiones que han tomado parte de mi formación: la ignaciana y la arquitectónica. En ese sentido, siento necesario arrojar la pregunta: ¿qué tiene que aportar la arquitectura ante la crisis de sensibilidad y aislamiento contemporánea? Y es que no puedo negar que desde principios del siglo XX la arquitectura fue de las disciplinas que dentro de la modernidad, más celebró su utilitarismo y las poderosas lógicas de mercado; sus consecuencias han sido malestares, insensibilidad, violencia, desconexión, superficialidad, ruido...

Hubieron de pasar algunos años de rumiar ideas para que pudiera reconocer las piezas del rompecabezas, creo que han rendido fruto; ahora intuyo que tomar una pausa, mirar hacia el interior, hacer silencio, reivindicar los afectos y los sentidos (que tan maltratados han estado ya desde hace años) puede llegar a ser trinchera para, desde la arquitectura, hacer frente a la vorágine de ruido y vértigo que caracteriza nuestro tiempo.

Las siguientes reflexiones, lejos de ser una teoría de la arquitectura, son una serie de ideas, coincidencias, constantes e intereses que fueron haciéndose presentes en un camino muy personal. Ahora me son vida y hogar.

## **1. La arquitectura no es un objeto, es una propuesta para estar en el mundo.**

---

<sup>1</sup> Mujica, H. (2008). *La casa y otros ensayos*. Barcelona: Vaso Roto. p. 20.

Confieso que entré a la escuela de arquitectura casi por accidente, porque me gusta dibujar. Desconocía lo que la arquitectura es y puede llegar a ser; así, no tomó mucho tiempo para que las teorías sobre composición, color, simetría, secuencia y demás se quedaran cortas a la hora de proyectar. Luego parecieron hasta estériles. Una de las primeras grandes lecciones que tuve como arquitecto fue dejar de concebir la arquitectura como objeto.

Ahora me doy cuenta que a lo largo de los años, desde el inicio y hasta los últimos semestres, todas mis inquietudes han sido la misma inquietud. Siempre, las preguntas e indagaciones, los intereses que parecían diversos y las dudas que parecieran muchas, en el fondo fueron una pregunta. O quizá es una la que rige a todas las demás, y no he hecho más que darle vueltas a esa misma cuestión... esta es la pregunta sobre la trascendencia de la arquitectura; o la trascendencia del hombre a través de la arquitectura. Puedo redactar la pregunta de la siguiente manera: si la arquitectura no es —únicamente— un objeto ¿entonces qué es?

Durante mi tiempo en la universidad recuerdo semestres en los que pasé preguntándome por las posibilidades narrativas de la arquitectura, primero por su dimensión temporal; luego me fui interesando cada vez más en la filosofía ¿sería posible una arquitectura sin límites definidos a la manera apolínea? También me pregunté si hay arquitectura capaz de provocar el sentimiento de profunda consciencia de estar en un lugar; y lo contrario, si hay arquitectura capaz de hacer dudar a la persona del tiempo y del lugar en el que está; y toda esta, además de interesante ¿sería arquitectura buena? Me pregunté sobre la arquitectura para la muerte; y para los procesos culturales en general, arquitectura que creo, responde a ámbitos mucho más grandes que los del individuo, en los que el hombre participa de lo que le supera. Eso me llevó al fenómeno religioso, al estético y al ético, y eventualmente a lo que tienen en común: una cierta manera de trascendencia (con lo que está ahí desde antes y seguirá después de él), de la relación con la otredad. A todas luces, me parecía que las enseñanzas tradicionales sobre composición visual se quedaban cortas al enfrentarse con estas preguntas. Y es que al preguntar por la arquitectura preguntaba por la manera de estar en el mundo: por la manera más correcta, por la más bella, por el compartir, y encontrarse; encontrarse con la naturaleza, personas, dioses, objetos y conmigo mismo.

José Luis L. Aranguren comparte dos sentidos de *ethos*,<sup>2</sup> la raíz etimológica de ética, que a mi parecer arrojan luz sobre la naturaleza de la arquitectura. El primero y más antiguo de ellos significaba residencia, morada, lugar donde se habita; es evidente que guarda una relación muy estrecha con la arquitectura. De ahí parte Helene Weiss, para tratarlo ahora como lugar que el ser humano porta en sí mismo, su actitud interior. El segundo sentido es de Zubiri: *modo de ser*, carácter. Cuando se revisan a detalle, los tres sentidos pueden ser leídos con ojo arquitectónico. El más antiguo es evidente, no hace falta profundizar demasiado. La interpretación de Weiss es quizá menos clara, pero puedo afirmar que cuando la arquitectura es trascendental, sostiene aquel mundo interior que porta el hombre; hay casos, como la casa de Luis Barragán, que se presentan al visitante como una extensión de la personalidad de quien la habitó por años; me recuerda a Hugo Mujica, que se refirió alguna vez a la casa como “el cuerpo del cuerpo, la piel de la piel.”<sup>3</sup> El tercer sentido ya omite la palabra lugar, y en apariencia es el más distante de la arquitectura, pero solo en apariencia. Mi *modo de ser* es necesariamente en el mundo y en relación con los seres que lo conforman; he de recordar que cualquier arquitectura, más que conjunto de ladrillos, es siempre una propuesta para estar en el mundo de cierto *modo*. El proyecto arquitectónico es, cuando se hace a consciencia, proyecto de mí mismo (o de nosotros mismos); me conformará a mí tanto como yo a él.

El dilema que se plantea no es menor. Habré de proponer maneras de estar en el mundo para otras personas; más que edificios, habré de imaginar *modos de estar en el mundo* para otros. Creo que en cierto momento tuve algo así como una revelación: para ver hacia afuera con claridad he de voltear hacia adentro, como Ignacio propuso hace quinientos años.

## **2. El hogar y La Compañía tienen algo en común, haber surgido del fuego interior.**

Si tuviéramos que tomar una imagen, una imagen en torno a la cual concretar la casa, centrarla, esa imagen es, sin duda, la del fuego.<sup>4</sup>

---

<sup>2</sup> Cfr. López Aranguren, J. (2001). *Ética*. Madrid: Alianza. pp. 21-22.

<sup>3</sup> Mujica, H. Op. Cit., p. 12.

<sup>4</sup> Ídem., p. 19.

Ignacio propuso hacer silencio para luego regresar al mundo con los afectos y la sensibilidad afinada, para poder fundar con él relaciones fecundas, de vida. Carlo María Martini es muy claro cuando contrapone la experiencia de los ejercicios espirituales con características del tiempo actual como la sucesión desordenada de imágenes de la televisión, las posibilidades ilimitadas del internet y la escucha casi continua de música, muchas veces a volumen estruendoso<sup>5</sup>. Verdaderamente encontré en la espiritualidad ignaciana una respuesta a los problemas que se me presentaban.

Según Alfonso Alfaro, la Compañía surgió de un incendio, el de las iluminaciones de san Ignacio<sup>6</sup>. Ahora que trato de dar sentido a la arquitectura desde la propuesta ignaciana me parece muy bella la coincidencia de que tanto la arquitectura como la espiritualidad de Ignacio hayan nacido de un fuego interior. En el caso de Ignacio al interior de sí mismo, y se concretó en su propuesta contemplativa. En el caso de la arquitectura, al interior del hogar, de la cabaña construida para proteger el fuego. Luego esa cabaña se petrificaría para los dioses en el templo dórico, y después, en otras arquitecturas; pero aun seguirían conservando la hoguera al interior.

Desde los inicios de la historia y en los dos casos que comento, el fuego propició el encuentro y la vida; no es una cuestión menor que el fuego haya perdido su lugar frente a la televisión (y luego frente a los dispositivos móviles que por más beneficios que hayan traído, generan aislamiento)<sup>7</sup>. Los encuentros valiosos siempre suceden en intimidad, como aquella que se siente con amigos alrededor de una fogata. Hay que decirlo: la intimidad sucede respecto de alguien, porque de lo contrario, sería aislamiento.

La pérdida del fuego en la casa hace ver un aspecto mucho más profundo, ontológico; el de la pérdida del hombre moderno de su espiritualidad y fe en *el otro*. Lo grave es que verdaderamente necesito del otro para vivir, y he perdido mis herramientas para vincularme: el silencio, la escucha, la afectividad y los sentidos.

---

<sup>5</sup> Martini, C. (2004). "Los ejercicios y la educación estética". *Artes De México*, 70, p. 10.

<sup>6</sup> Alfaro, A. (2004). "La lumbre de la zarza: un arte entre ascética y mística". *Artes de México*, 70, p. 62.

<sup>7</sup> Cfr. Pallasmaa, J. (2018). *Habitar*. Barcelona: Gustavo Gili. pp. 30-35.

La figura del fuego es símbolo de que la buena arquitectura posibilita el encuentro íntimo entre las personas y el mundo; ahora como arquitecto yo creo, como escribió Sándor Márai, en un mundo y un hombre que se han entregado el uno al otro.

*Ite inflamate omnia*